



Ese oscuramente real objeto de la ficción.

Algunos apuntes sobre la Globalización como contexto cultural.¹

Gonzalo Hernández Sanjorge

Este texto tiene como intención reflexionar sobre las formas en que se ha pensado la globalización y sobre las posibilidades de pensarla. Sin embargo no realizaré aquí una historización como cronología ni estableceré taxonomías respecto de interpretaciones. Por supuesto el texto tiene su propia secuencialización y sus propias afinidades interpretativas. Esto irá apareciendo a lo largo de las tres secuencias que lo conforman. En la primera, se trata de exponer la globalización en tanto que contexto histórico y ver algunos aspectos de la novedad o no que ella encierra. En la segunda secuencia se tratará de presentar dos dimensiones en ese fenómeno, las cuales habitualmente aparecen confundidas haciendo que no se sepa muchas veces hacia cual ellas van dirigidos los discursos sobre la globalización. Por último se intentará ver en qué medida estamos condenados a la globalización y en qué medida, en tanto contexto cultural, puede aún ser interpretada y reinterpretada.

El largo sueño del mundo único

La palabra *Globalización* es un término que se ha afincado en el discurso acerca del contexto cultural actual y con un claro parentesco con la noción de “aldea global”. El mundo unificado, un lugar donde los dialectos locales no interrumpieran la circulación de una lengua común, donde ninguna producción local resulta marginal en la medida en que hay un patrón de significación que la reincorpora, la explica, la reinstala en una mapa más amplio, ha sido un largo sueño que cada tanto vuelve a ser soñado con más o menos intensidad. La producción cartográfica es siempre un intento de encontrar sentido pero tampoco puede olvidarse que ese proceso (de mapas geográficos o teorías etnográficas) conoce su gloriosa proliferación bajo contextos colonialistas (véase Clifford 1995). No es del todo absurdo pensar que esa constatación ha servido para ver al proceso de la argumentación como un asunto relacionado con la colonización de la opinión y la voluntad del otro.

La búsqueda de una lengua universal fue un proyecto largamente acariciado por la tradición europea (véase Negrete 1992). Más allá del aspecto gramatical de esta búsqueda -que no ha dejado pocas ni magras herencias, como lo testifica la lógica matemática, derivada en buena medida del interés leibniziano por un cálculo constituido como lengua de expresividad universal- ella puede ser vinculada con las preocupaciones que motivaron a la rama más mística de los pitagóricos, a las conquistas de Alejandro Magno, al Imperio Romano y el imperialismo contemporáneo.

Sin duda el recuento no ha intentado ser exhaustivo sino meramente ilustrativo de una profunda conexión en elementos aparentemente no vinculados, al menos en tanto una primera ojeada intente hacer aparecer la conexión como un asunto de

¹ Ponencia presentada en el coloquio “Crisis – Crítica – Espacio. La filosofía en el contexto actual” desarrollado del 17 al 20 de Octubre de 2006 en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo, Uruguay.

voluntades manifiestas, como sí resultan conectadas en ese plano numerosas reflexiones sobre la necesidad de generar una gramática para una lengua común. Reflexiones que, por cierto, no se han terminado.

Una lengua es más que un conjunto de signos, es -por sobre todo- una forma de apropiación y producción de la realidad. El problema de la lengua no puede ser visto por separado del problema de la significación, de las dimensiones discursivas, de las dimensiones de la proposición (pienso aquí en Deleuze y su *Lógica del sentido*), ni de la caracterización de los sistemas sociales de producción de sentido. Es bajo esa óptica que debería entenderse el vistoso fracaso del esperanto –sin una comunidad histórica de habla- como una lengua universal, pero también éxito del inglés y hasta el éxito expansivo de la religión cristiana en Occidente. Incluso tal vez fuera posible repensar la diferencia Oriente – Occidente, diferencia que siempre aparece y nunca es dicha en la filosofía, como una diferencia que tiene que ver con los sistemas de producción de sentido y el lugar que en esos sistemas ocupan el discurso como unidad de producción y registro de la producción, y el lugar de la representación como instrumento de esa producción.

Se hacen necesarias aquí algunas aclaraciones. En primer lugar, este tipo de investigaciones no puede ser nunca *directo*, en la medida en que un sistema de producción no es algo que existe sino como un efecto de superficie de un discurso. En segundo lugar, a las dificultades propias de un análisis esencialmente complejo se le une el hecho de que siempre una unidad de producción puede ser remitida a varios sistemas a la vez y que un sistema de producción comporta siempre subsistemas que pueden configurar intersecciones con otros sistemas, lo que nos pone en el campo de las paradojas del sentido. En tercer lugar, no es mi intención aquí escamotear los sistemas de producción de materialidad, como el sistema capitalista de producción. Sólo que en virtud de su lugar respecto del fenómeno de la globalización quisiera dejar su entrada en escena luego de esto que oficia como introducción.

En sus diarios, dice Baudelaire, “El placer de sentirse dentro de las multitudes es una expresión misteriosa del goce de la multiplicación del número” y poco después agrega “Embriguez religiosa de las grandes ciudades. Panteísmo. Yo soy todos; todo es yo. Torbellino”. Baudelaire ha sido señalado en diversas ocasiones como uno de los nombres donde el espíritu moderno se manifiesta con gran claridad. Quizá por eso sus palabras parecen fácilmente vinculables con un párrafo de Niklas Bornhauser sobre el sujeto moderno. Allí se dice: “el concepto de psyché, por consiguiente, está emparentado con dos aspectos, separables, pero relacionados entre sí, a saber, primero, su puesta en relación, mediante un complicado lazo de paternidad, con una instancia inasible, un principio superior, un gran Otro, completo y colmado, y, segundo, su inscripción en una determinada forma de temporalidad, que siempre nos remite a la historia en tanto historia de redención y que nos hace creer en la posibilidad de reunión, la fusión con lo perfecto, el retorno al origen.” (Bornhauser 1991)

Esta forma en que la modernidad ha pretendido construir la identidad de lo *propriadamente humano* había sido denunciada por Adorno como el funcionamiento del concepto en la modernidad, un proceso de vaciamiento del concepto mediante el instrumento de la clasificación que bajo la apariencia de la diferencia en verdad la elimina para instaurar, por sobre toda diferencia, la igualdad. Básicamente esto es presentado por Adorno como la paradoja del concepto de individuo, que en tanto concepto no permite encontrar individuos más que en la pertenencia a una clase general que borra toda individualidad (véase Adorno y Horkheimer 1969).

Esto se une con los objetivos del control social que pueden ser simbolizados en el panóptico de Bentham. Los mass media (en particular los que se vinculan con la pantalla) pueden ser vistos como una suerte de situación moderna de la maquinaria del panóptico. Puede pensarse que falta allí el observador, el vigilante. Pero ya en el panóptico la asimetría entre vigilante y vigilado opera sobre la estructura de la mirada:

el vigilante ve al vigilado, pero el vigilado no ve al vigilante solo ve su función. Allí las condiciones de la observación no sólo permiten la mirada sobre la realidad sino que la producen. De la misma manera la realidad es vista por los medios, aparece en ellos y a la vez esa forma de aparición, esa sintaxis de la representación ejercida por los medios es creadora de realidad. En ese sentido se hacen interesantes las afirmaciones de Debord respecto del papel de órdenes que tienen los mensajes de los medios en virtud de la espectacularidad que los define. (Debord 1990: 16 y ss.)

La noción de cosmopolitanismo, noción estimada por la modernidad, se hace así sospechosa de aplicarse no tanto como reconocimiento de la diversidad sino como proceso de sedación de la diferencia mediante la enunciación de árboles de parentesco. (En su momento la publicidad trivializaría ese efecto añadiendo al producto un circuito de registro, producción y unidad como lo fue en un entonces la mención: París, Roma, New York -o similares-.) La razón instrumental parece estar en el trasfondo de todos estos movimientos del concepto y sus abordajes. Esto nos lleva al problema de la globalización y la necesidad de preguntarse en qué medida se trata de un fenómeno que constituye un contexto. Dicho de otra manera, se admite demasiado fácilmente que la globalización es un dato de la realidad, con una presencia objetiva incuestionable e inamovible, y dada esa *naturalidad* que cobra la globalización puede resultar pertinente preguntarse qué implicaciones tiene como descripción del espacio topográfico donde se construye la noción de sujeto.

El lugar de la globalización

El término *globalización* es un término ambiguo pues parece funcionar en un doble nivel: por un lado como una descripción geográfica, por otro lado como descripción sistémica. Sería conveniente el uso del término *mundialización* para referirse a la extensión geográfica de un fenómeno particularmente llamativo de ciertas relaciones sociales, en tanto que *globalización* parece remitir a una unidad sistémica, a una unidad que opera de manera totalizante (Vengoa en Puyo 2003: 16). Más allá de la quisquillosidad terminológica la justificación de este gesto radica en la distinción de dos niveles diferentes o pasibles de ser diferenciados, lo cual no es menor a la hora de pensar la globalidad como contexto cultural.

Los rasgos más llamativos de este fenómeno suponen una forma nueva de vivenciar el tiempo y el espacio, respecto a lo cual el desarrollo de las tecnologías aplicada a los medios de comunicación ha colaborado enormemente, aunque sería una pretensión absurda suponer que todo deriva de los medios, sería una suerte de satanización impertinente. Por decirlo a manera de ejemplo y de forma un tanto burda: no se trata de que Internet ha generado una nueva forma de vivir el tiempo y el espacio sino que las tecnologías informáticas han posibilitado su desarrollo y sustento de una manera inusitada respecto de momentos históricos anteriores.

Nos encontramos ahora ante una noción de espacio que se encuentra vaciada de su materialidad en la medida en que los efectos de una acción desarrollan consecuencias (muchas veces de manera inmediata) en zonas geográficamente no contiguas a aquellas donde se generó la acción. Por otra parte nos encontramos en una noción de tiempo que se comprime, a causa de su velocidad de ejecución, hasta la instantaneidad. La circulación (de bienes, discursos, etc.) ya no encuentra las mismas restricciones de tiempo y espacio que antes. La experiencia es desterritorializada, haciendo desaparecer de la vista la no homogeneidad de los territorios. A su vez la experiencia es destemporalizada y nos encontramos saturados de instantes sin historia (Debord 1990: 25-26). Como ejemplo de esto puede verse la noción de "información" que exponen los mass media (y que forma parte de lo que antes denominé la sintaxis del mensaje de los medios) donde la *historización* supone

una falta de objetividad en la medida en que historiar se liga a interpretar. A lo sumo se expresa historia desde los mass media como colección de otros instantes deshistorizados registrados por los mass media.

Pero este efecto de circulación, de generación de redes y de redes de redes, de vaciamiento de tiempos y espacios no ocurre de manera incausada sino que encuentra su explicación en tanto es posible concebirla como una cierta fase en la producción capitalista. Se trata de un fenómeno novedoso, pero no *absolutamente* novedoso. Es decir, tiene una historia, si no como intencionalidad al menos sí como momento de una secuencia. Esta disolución del espacio supone la disolución de las fronteras lo cual se acompasa con los fenómenos de transnacionalización de las economías lo que a su vez corre de la mano con la pérdida del papel del Estado Nación como factor de desarrollo y generación de identidad y control de la economía.

En tanto que contexto la globalización constituye una estrategia de poder dentro de un sistema de producción que requiere la combinación de desarrollos desiguales articulando una estructura jerarquizada tanto en lo local como en lo mundial. La mundialización señala la extensión geográfica en que se constatan estos fenómenos de transnacionalización de las economías, pérdida del papel de los estados nacionales y transformaciones respecto de las vivencias cotidianas sobre el tiempo y el espacio y que suponen, respecto de la creación de identidades, la posibilidad de movimientos no sujetos a la linealidad impuesta por el espacio cartesiano (la desarticulación entre sexo y género y la posibilidad de alteración de los signos del tiempos sobre el cuerpo no resultan elementos despreciables en la motivación de estas apreciaciones).

La globalización, por su parte, parece pretender la naturalización de una situación. Y toda naturalización encubre una maniobra. Ver la globalización como destino inamovible de la humanidad, esto es como fin de la historia, supone concebir una homogeneidad que otra vez sólo ocurre en el concepto. Es cierto que es posible constatar un proceso históricamente particular de flujo de discursos y de imaginarios que cobra un papel importante en numerosas experiencias de generación de identidades del yo donde el sujeto siempre se reconoce en otro, por medio de otros. Y es también cierto que en la descripción de esos procesos los desarrollos y la amplificación del acceso a las tecnologías juegan un papel importante. Pero suponer que ese acceso es irrestricto (esto es que la globalización es una experiencia de todos los individuos, de todos los grupos sociales, de todas las comunidades étnicas) es construir lo existente como reificación del mercado, sin considerar los sistemas de acceso a eso que aparece en el mercado. En esto las sociedades tercermundistas no tienen el monopolio de las desigualdades, dado que estas también se registran en las sociedades consideradas *avanzadas* (Sánchez en Font 2001: 150 y ss).

Si la mundialización es una cierta tendencia histórica de la interrelación de espacios antes no relacionados (una tendencia que ahora abarca dimensiones planetarias de implantación de un mismo sistema de producción), la globalización expresa la tendencia ideológica en que se sustenta ese proceso en una fase concreta del desarrollo histórico. Aquí el adjetivo *ideológico* no significa falsa conciencia, en oposición a una conciencia verdadera y a una verdad maquiavélicamente oculta, sino que refiere a una forma particular de producción y apropiación del sentido del mundo. La globalización no es el campo de lo real, donde tienen lugar las ideologías como expresión de conflictos de intereses o deseos. La globalización es ya una ideología en tanto pertenece al orden de lo simbólico.

La globalización lejos de expresar el sueño de la modernidad de la liberación por la razón y el apogeo irrestricto de la democracia, se estructura sobre el desequilibrio y la desigualdad. La homogeneidad cultural es un mito más, una suerte de "leyenda urbana" de la aldea global. Las posibilidades de las economías de generar procesos de desarrollo alternativo no parece plenamente posible. Pero gozar de los

beneficios del sistema de mundialización de la economía supone la pérdida de control del Estado de los procesos económicos (el MERCOSUR ha sido y es parte de esos debates). Un elemento llamativo (y sobre el cual una larga lista de ansiedades y anhelos hacen que la reflexión pueda parecer una traición) es que en Latinoamérica el crecimiento de gobiernos de izquierda se da precisamente en momento en que el estado nacional ha perdido su capacidad como generador de identidades, así como ha perdido el dominio del control de la economía local insertada en procesos transnacionales. (¿Podrá deberse esa posibilidad a que se trata de un fase donde el ciudadano es antes un consumidor que un patriota?).

Territorialización de los discursos

Lo que queda es preguntarse cuál es la alternativa a la globalización. Esta lógica cultural -con toda la licencia poética que ello implica- basada en la desestructuración del tiempo y el espacio, de sus roles y condicionamientos de la experiencia según operaban en la modernidad, parece verse como un efecto natural, irreversible, absolutamente inobjetable, antes que como la configuración de un cierto imaginario social. Un producto de esa forma de visualizar este asunto han sido las versiones del final de la historia y de la muerte de las ideologías, abriendo así la historia al tiempo de la redención del tiempo sin historia.

Pareciera que entonces no hay mucha salida posible en tanto la lógica que guía el funcionamiento de un sistema de producción de sentido impregna todos los ámbitos de la vida con lo cual condiciona no solo la visualización de las prácticas sociales y económicas, sino la forma concreta que pueden asumir esas prácticas. Pareciera, entonces, que quedan dos posibilidades frente a la globalización. Por un lado lo que llamaré *la Internacional Contraglobalizadora* y por otro lo que llamaré *el atrincheramiento nacionalista*. Efectivamente estas parecen ser las estrategias que se han puesto en el campo de lo político. La actitud de una postura internacional contraglobalizadora es la que ha movido a los foros internacionales que denuncian la globalización y que han sido absolutamente infructíferos desde el punto de vista de sus propios objetivos. Creo que buena parte de esos fracasos han estado relacionados con el hecho de que como estrategia, sólo repite la globalización. No sale de su lógica de desterritorialización, sino que la repite y por ello mismo la justifica. Ambas estrategias pueden verse como parte del mismo *régimen de enunciación* (Chartier 2001).

Las posturas de atrincheramiento nacionalista sólo pueden estar condenadas al fracaso en la medida en que los estados nacionales no pueden hacer frente a las condiciones económicas satisfactorias para sus propias poblaciones, produciendo una discursividad que puede ser catalogada de arcaica y aberrante (Del Búfalo en Ceceña y Sader 2002: 27). Esto devuelve el problema a un asunto donde los estados nacionales aparecen como culpables y las bondades de la economía internacional vuelven a aparecer como deseables.

Parece claro que a la desterritorialización se opone la territorialización. Pero centrar el juego en la noción física de territorio (volviendo a la mitología de la nación y el ser nacional) es olvidar que en definitiva lo geográfico no es sino la representación espacial de tensiones entre relaciones sociales tanto dentro del territorio como relaciones sociales externas a ese territorio y que lo atraviesan. Es que los cuerpos – todos ellos- son ya una maniobra para anclar la noción de realidad, poniendo ciertas cosas como datos, es decir, como límites más allá de las cuales no puede pensarse y respecto de lo cual no hay nada para preguntarse.

Por lo tanto el llamado a la reterritorialización no puede ser bajo la idea de la soberanía nacional (y mucho menos sin pasar a la discusión de cómo se produce, se ejerce y se sustenta dicha soberanía –y el ser nacional que ella expresa-

discriminando todos los actores en juego, la historia de su institucionalización y su disposición dentro de un sistema de poder. Dicho de otra manera hablar de la identidad del ser nacional es siempre un asunto político antes que arqueológico).

Creo que la estrategia a todo acto de colonización (sea éste más o menos discursivo) es la territorialización de los discursos. Territorializar los discursos significa aquí ubicar los discursos como unidades de un sistema de producción de sentido (con todas sus complejas intersecciones e interrelaciones), lo que implica tanto el análisis de una genealogía como el de los efectos de superficie producido por los discursos, para identificar el deseo que los sustenta y la noción de sujeto que instauran. Por lo tanto la territorialización incluye la retemporalización del discurso. En este sentido se trata de proseguir de manera explícita la noción deleuziana de que todo nombre propio, todo sustantivo, todo concepto, es un campo de tensiones donde siempre aparece involucrada la noción de sujeto, ya que el sentido no se encuentra fuera del discurso, que fija el entramado en que se sustenta.

En este plano la filosofía tiene mucho para hacer pues ese es su trabajo: el de la duda, el de la sospecha de que detrás de cualquier naturaleza hay en verdad una naturalización, una maniobra discursiva. La filosofía corre camino de desviarse de sus mejores intenciones cuando, bajo el imperativo de la costumbre justificada como profesionalización, los filósofos se comportan como científicos: hablan de los conceptos como si fueran cosas tangibles, indudables, certezas, cosas sin historia y ajenas a todo deseo, como si el campo del discurso y de la praxis no fueran, en cierta medida, lo mismo. El olvido de que las verdades son verdades en un sistema no hace más que institucionalizar lo que es puramente cultural, ontológicamente contingente a pesar de ser más o menos mecánicamente derivable. La historia como destino, como legalidad, no es más que la reificación de la contingencia. La racionalidad se alucina cuando cree que la verdad puede separarse de la metáfora.

También los medios masivos de comunicación tienen un notable papel en la territorialización de los discursos, en su reubicación histórica, genealógica. Esta importante labor de los mass media no es porque sean los causantes de la desterritorialización de los discursos, aunque sin duda son importantes como forma de legitimar esa operatoria en la producción de sentido donde se hace clave la noción de espectacularidad, que ya en Debord alude a una forma particular del ejercicio de la coacción y el control social. La importancia reside en que la realidad es un efecto de sentido y eso nos remite a la discursividad. Quizá sea necesario insistir en una distinción estratégica entre texto y discurso. La desterritorialización de los discursos sólo deja textos puros y sin historia que se mueven sin mayor intencionalidad que la que es expresada *textualmente*.

Platón y Protágoras no dejan de enfrentarse, dentro y fuera de la filosofía. O el mundo de las ideas es un mundo puro y sin historia, pues la historia es contingencia, o la realidad es, en cierta medida, un puro efecto de superficie de los discursos, un derivado de la cultura. En éste último caso cada discurso como unidad de un sistema de producción de sentido puede ser remitido al sistema en el cual se configura como unidad. Y los discursos no tienen ya que ver con la verdad sino con el efecto de verdad como límite de funcionamiento del sistema. Quizá solo un malentendido hizo ver al escepticismo como un discurso sobre la verdad, condenándolo a no poder decir, cuando la denuncia del escepticismo es sobre la demostración de un efecto de verdad –cualquiera- como la pura verdad. En este sentido pensar es siempre un compromiso político (en el sentido griego en que pueden vincularse pólis y pólemos, ágora y agonísta) y, por ello, un asunto ético. Si la noción de mundialización denota la extensión planetaria de un sistema de economías interrelacionadas, la noción de globalización delata una forma especial de ejercicio y legitimación del poder. La contraglobalización debiera atender el reclamo de Vattimo (véase Vattimo en Vattimo y otros 1990) de reconocer que nos encontramos en un mundo de dialectos, sin una

lengua madre desde la cual medir desvíos. Esto no supone un atrincheramiento cultural, que resulta hoy tan imposible como inútil. Supone, sí, la libertad abierta en el orden del discurso, en la producción de sentido.

Bibliografía

- **Adorno**, Theodor y **Horkheimer**, Max, Dialéctica del Iluminismo, Editorial Sur, Buenos Aires, Argentina, 1969.
- **Bornhauaer**, Niklas, Aportes para una genealogía del sujeto moderno, Cuaderno de Materiales, N° 15, Octubre 2001 en www.filosofia.net/materiales
- **Chartier**, Roger, La quimera del origen. Foucault, la ilustración y la revolución francesa, en **Chartier**, Roger, Escribir las prácticas, Manantial, Buenos Aires, Argentina, 2001
- **Clifford**, James, Dilemas de la cultura, Gedisa, Barcelona, España, 1995.
- **Del Búfalo**, Enzo, La reestructuración neoliberal y la globalización, en **Ceceña**, Ana Esther; **Sader**, Emir (Coord.), La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial, Clacso, Buenos Aires, Argentina, 2002.
- **Debord**, Guy, Comentarios sobre la sociedad del espectáculo, Anagrama, Barcelona, España, 1990.
- **Deleuze**, Gilles, Lógica del sentido, Barral Editores, Barcelona, España, 1971.
- **Gómez**, José María, Entre dos fuegos. El terrorismo, la guerra y los nuevos retos del movimiento social global contrahegemónico, en **Ceceña**, Ana Esther; **Sader**, Emir (Coord.), *op. cit.*
- **Fazio Vengoa**, Hugo, La globalización: un intento de explicación y definición en **Puyo Tamayo**, Gustavo Adolfo (Ed.), Mitos y realidades de la globalización, Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá, Bogotá, Colombia, 2003.
- **Foucault**, Michel, El ojo del poder, Ediciones La Piqueta, Madrid, España, Segunda edición, 1989.
- **Mato**, Daniel, Para des-fetichizar la globalización: una aproximación político-cultural a las prácticas de los actores sociales en los procesos de globalización contemporáneos, en **Puyo Tamayo**, Gustavo Adolfo (Ed.), *op. cit.*
- **Moreno**, Isidoro, Globalización y cultura, en **Puyo Tamayo**, Gustavo Adolfo (Ed.), *op. cit.*
- **Negrete**, Juan, A la búsqueda de una lengua internacional, Humanitas, 1992 en www.cyberhumanitatis.uchile.cl
- **Peemans**, Jean – Phillippe, El Estado, entre las exigencias de los actores globales y las demandas populares de desarrollo: Aspectos Norte Sur, en **Puyo Tamayo**, Gustavo Adolfo (Ed.), *op. cit.*
- **Pérez Baltodano**, Andrés, Conclusiones: Entre la utopía y el pragmatismo: política, gobierno y políticas públicas en América Latina, en **Pérez Baltodano**, Andrés (ed.), Globalización, ciudadanía y política social en América Latina: tensiones y contradicciones, Editorial Nueva Sociedad, Venezuela, 1997.
- **Pérez Baltodano**, Andrés, Estado, ciudadanía y política social: una caracterización del desarrollo de las relaciones entre el Estado y sociedad en América Latina en **Pérez Baltodano**, Andrés (ed.), *op. cit.*
- **Pérez Baltodano**, Andrés, Introducción: Estado, soberanía y políticas públicas en América Latina, en **Pérez Baltodano**, Andrés (ed.), *op. cit.*
- **Porto Gonçalves**, Carlos, Da geografia às geo-grafias: un mundo em busca de novas territorialidades en **Ceceña**, Ana Esther; **Sader**, Emir (Coord.), *op. cit.*
- **Sánchez**, Jordi, Internet como instrumento de participación, en **Font**, Joan, Ciudadanos y decisiones públicas, Ariel, Barcelona, España, 2001.
- **Tenti Fanfani**, Emilio, Resonancias políticas de la “cuestión social” en América Latina, en **Pérez Baltodano**, Andrés (ed.), *op. cit.*
- **Vattimo**, Gianni, Posmodernidad: ¿una sociedad transparente?, en **Vattimo** y otros, En torno a la posmodernidad, Anthropos, Barcelona, España, 1990.